

EN LA GALERÍA

JOSEP M. CADENA



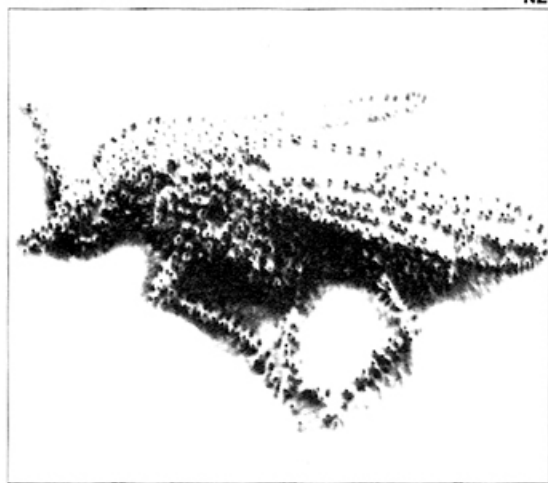
Amparo Sard y la mosca de la liberación femenina. Cada uno cuenta la vida según le va. Por ello, cuando veo la obra de la mallorquina Amparo Sard (Son Servera, 1973), creadas sobre papel picoteado por el dorso con finas agujas, pienso en los

tad y nos dieron las primeras lecciones de lo que yo llamo gimnasia recreativa.

Todo ello y mucho más se encuentra en la exposición de Amparo Sard en la nueva galería N2 (Enric Granados, 61), donde con un vídeo y una sucesión de obras nos explica la búsqueda de la personalidad femenina, siempre en peligro de desmembrarse o de diluirse en la bañera que es la sociedad humana, que en su particular alegoría de la mosca halla sus máximas posibilidades de realización. Libre hasta cierto punto, como todos, pero sin miedo a ser engullida por el sumidero del baño cuando la mujer, tan curiosa como las esposas de Barba Azul, levanta el tapón que retiene las templadas aguas en las que el hombre la sumerge con sus halagos.

El virtuosismo artesano de Amparo Sard tiene contenido humano. Por su perfección formal sintoniza con la labor de las encajeras de la costa o el hacer de los plateros morunos, pero hay sentido trascendente en sus dibujos a punta de aguja. No quiere adornar, sino decir unas verdades que nos afectan a todos porque -rollos de pianola o bragas de perlé- la cuestión es que nuestras acciones están limitadas desde la infancia por la sociedad establecida. Pero incluso en el modesto y molesto vuelo de las moscas uno puede hallar la libertad que ansía.

N2



Amparo Sard y el dibujo a punta de aguja como liberación

mera es la de las bragas de perlé que los domingos y otras fiestas de guardar les ponían a las niñas de antes. Uno se salvó de aquellos escozores, aunque padeció los derivados de los calzoncillos del servicio militar obligatorio. Pero también conoció las moscas del verano, que con sus zumbidos y artes amatorias en el aire estimularon nuestras incipientes ansias de liberación.